

# Vacaciones, cuando la imagen lo dice todo

**E**l anuncio de las vacaciones se vive como una promesa luminosa. Las ciudades comienzan a respirar con otro ritmo; el tráfico disminuye y las agendas se tornan menos rígidas. Es entonces cuando las imágenes toman protagonismo: fotografías de playas paradisíacas, atardeceres perfectos y sonrisas deslumbrantes saturan las redes sociales. Es un espectáculo continuo que parece decírnos: esto es el descanso ideal. Pero, ¿qué hay detrás de estas imágenes que nos cautivan y, al mismo tiempo, nos someten a una extraña presión? ¿Qué revela esta avalancha visual sobre la forma en que vivimos, sentimos y, sobre todo, comunicamos nuestras vacaciones?

Guy Debord, en *La sociedad del espectáculo*, ya advertía cómo nuestra cultura transforma todo en imagen. Según Debord, “el espectáculo no es un conjunto de imágenes, sino una relación social entre personas mediatizada por imágenes”. Esto parece particularmente evidente en la temporada vacacional. Lo que debería ser un momento de desconexión y tranquilidad se convierte en un escaparate donde exhibimos nuestro mejor rostro, como si cada viaje, cada instante bajo el sol, necesitara ser validado por un clic o un corazón virtual.

Este fenómeno tiene un componente emocional profundo. Roland Barthes, en *La cámara lúcida*, señala que la fotografía no solo captura un instante, sino que construye una narrativa emocional. Cuando vemos las fotografías de las vacaciones, no solo vemos un paisaje o una sonrisa; proyectamos en ellas una idea de felicidad y plenitud. Sin embargo, ¿qué sucede cuando la fotografía sustituye la experiencia? Las redes sociales nos invitan a consumir imágenes de manera compulsiva,



Las fotografías se convierten en nuestra única conexión con el momento vivido, como si la experiencia no fuera suficiente por sí misma. Esta obsesión por documentarlo todo puede ser agotadora y, en muchos casos, insatisfactoria. Es irónico que, en busca de descanso, terminemos atrapados en la ansiedad de comunicar. En lugar de desconectar, seguimos enganchados a una dinámica de aprobación y comparación constante.

olvidando que el descanso, ese que verdaderamente repara el alma, es incompatible con la necesidad constante de documentarlo todo.

Aquí es donde entra en juego lo que algunos llaman el “síndrome de Stendhal”, aunque adaptado a la vida contemporánea. Si bien este término originalmente describe el abrumador impacto emocional de la belleza artística, también puede aplicarse a nuestra sobreexposición visual en vacaciones. Ante tantas imágenes perfectas, un atardecer real puede parecer insuficiente, y una playa con turistas pierde su encanto comparada con las postales cuidadosamente editadas que nos bombardean desde las pantallas. Como señala Susan Sontag en *Sobre la fotografía*, “las cámaras redefinen la realidad de tal manera que sentimos que lo importante es lo que ha sido fotografiado”.

Esta redefinición visual no es exclusiva de las vacaciones; es una constante en nuestra sociedad. Pero es en este contexto particular donde sus efectos se vuelven más evidentes. Nos esforzamos por encajar en una narrativa visual idealizada, perdiendo de vista que las vacaciones, como el descanso, no tienen que ser perfectas para ser valiosas. ¿Cómo recuperar entonces la esencia de desconectar?

Para John Berger, en su obra “*Modos de ver*”, lo visual está condicionado por lo palpable o como “la forma en que vemos las cosas está condicionada por lo que sabemos o creemos”. En este sentido, las imágenes vacacionales han moldeado nuestra percepción de lo que significa disfrutar y descansar. Hemos aprendido a asociar la felicidad con el azul perfecto de un cielo despejado o el oro vibrante de un atardecer, ignorando que la felicidad real es mucho más compleja y, a menudo, no fotogénica. Un buen ejemplo es cómo las imágenes publicitarias nos

venden no solo un destino, sino una emoción encapsulada: tranquilidad, aventura, romance. Estas emociones, cuidadosamente diseñadas, nos dejan con la sensación de que nuestras propias experiencias deben ser espectaculares para tener valor. Pero, como señala Walter Benjamin en *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, lo reproducido pierde su “aura”, esa autenticidad que solo se encuentra en el acto de vivir, no de capturar.

Las vacaciones también son un espacio para la memoria. Sin embargo, ¿qué recuerdos quedan cuando pasamos más tiempo mirando una pantalla que el paisaje que está frente a nosotros? Las fotografías se convierten en nuestra única conexión con el momento vivido, como si la experiencia no fuera suficiente por sí misma. Esta obsesión por documentarlo todo puede ser agotadora y, en muchos casos, insatisfactoria. Es irónico que, en busca de descanso, terminemos atrapados en la ansiedad de comunicar. En lugar de desconectar, seguimos enganchados a una dinámica de aprobación y comparación constante. Como diría Susan Sontag, “fotografiar es apropiarse de lo fotografiado”, pero ¿qué nos queda cuando pasamos más tiempo apropiándonos de los momentos que viviéndolos? Quizás el camino esté en recuperar formas más íntimas de comunicación. Relatar las vacaciones a través de palabras, escribiendo un diario o simplemente compartiendo historias con amigos, puede ser un acto liberador. Estas prácticas nos conectan con el significado original del descanso: desconectar para reconectar, no con una audiencia virtual, sino con nosotros mismos.

Por último, vale la pena recordar que las vacaciones no necesitan de validación visual para ser significativas. Una conversación a la sombra



**Alejandro Arros Aravena**  
Doctor en Educación, Académico  
Departamento de Comunicación  
Visual UBB

de un árbol, el sonido del viento en un campo abierto o el aroma del mar al amanecer son experiencias que trascienden las imágenes. Estas pequeñas vivencias, que no siempre son fotogénicas, son las que realmente nos nutren y permanecen en nuestra memoria.

El descanso no necesita ser comunicado, solo vivido. Y quizás ahí resida la verdadera magia de las vacaciones: en lo que queda fuera del encuadre, en los silencios y las pausas que nos permiten encontrarnos con nosotros mismos. Como escribe Barthes, “la fotografía no dice lo que ya no existe, sino únicamente y con certeza lo que ha sido”. Que nuestras vacaciones sean, entonces, menos sobre lo que ha sido mostrado y más sobre lo que ha sido sentido. ¿Nos atrevemos a vivirlas así?

## Clarita Parra, hija del Tío Lalo Parra, gana Premio Presidente de la República a las artes musicales

Clarita Parra, hija del cantautor chillanejo Eduardo “Lalo Parra” (y parte de la familia más famosa de Chile) ganó el Premio Presidente de la República 2024 a las Artes Musicales junto a varios artistas más, noticia que se dio a conocer este viernes desde el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio.

La ministra Carolina Arredondo destacó el trabajo de los artistas Nelson Brodt Chávez (teatro), Ximena Pino Burgos (danza), Rodrigo Navarrete Araya (ópera), Joaquín Maluenda Quezada -fundador del circo de Los Tachuelas-, Ernesto Ruminot Gándara (títeres), Alejandro Moreno Jashes (autores), Montserrat Catalá Ramos (diseño escénico) y la agrupación Lírica Disidente (artista emergente).

En tanto, Mazapán (música popular), Clarita Parra (música de raíz folclórica), Pablo Aranda (música docta), FC Ediciones (edición musical) y Cosas Buenas Producciones (producción fonográfica)

fueron los premiados en el área musical.

“Es un honor anunciar este reconocimiento a ocho importantes figuras de las artes escénicas chilenas y otros cinco exponentes destacados de la música nacional”, afirmó Arredondo sobre la entrega correspondiente al año 2024.

“A través de este premio queremos reafirmar nuestro profundo respeto y admiración por su trabajo, su trayectoria, su permanente compromiso y la contribución que hacen al desarrollo cultural y artístico de nuestro país”.

Cabe destacar que, en Chile, los Premios Presidente de la República constituyen uno de los reconocimientos más relevantes para la escena cultural nacional. En el caso de las artes escénicas, los ganadores son seleccionados por el Consejo Nacional de Artes Escénicas; mientras que el musical es resuelto por el Consejo de Fomento de la Música Nacional.

